

QUINARIO

AL

SANTÍSIMO CRISTO DE LA MISERICORDIA

Que se venera en la Iglesia parroquial de San José, de Granada,
Titular de la edificante Cofradía llamada
“Del Silencio”.

Compuesto en el año 1941

Por

D. Rafael Ponce de León Almazán

Cura párroco de dicha Iglesia

GRANADA
ABRIL 1956

QUINARIO AL SANTÍSIMO CRISTO DE LA MISERICORDIA

DÍA PRIMERO

“Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero...”.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Os bendecimos, oh Dios omnipotente, infinito y perfectísimo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo (1), postrados con reverencia y humildad en vuestra augusta presencia, os adoramos reconociendo y confesando vuestra suprema dignidad y el universal dominio y absoluto señorío que tenéis sobre todas las cosas, como Hacedor de ellas, y principalmente sobre los hombres a quienes habéis dado luz para conoceros, corazón para amaros y el don soberano de la gracia para alcanzar vuestro conocimiento y vuestro amor, Os damos gracias, Señor y Dios nuestro, por el grande amor con que nos habéis dado el ser y la vida y cuanto somos, y muy principalmente, por el infinito amor con que nos disteis a vuestro Hijo Unigénito (2), Verbo eterno engendrado antes de todos los siglos, para que tomando carne en las entrañas de la Virgen purísima, nos enseñara con voz de hombre la sabiduría de Dios, y muriendo en una cruz, nos librara de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, abriéndonos el camino del cielo. No nos dejéis, Señor, de vuestra mano, para que permaneciendo siempre en vuestra gracia

y en vuestro amor, seamos participantes de los frutos de la redención y salvación que nuestro Señor Jesucristo nos mereció con su pasión cruelísima y su muerte en la Cruz. Amén.

REFLEXIÓN

Aprecio y estima de la Misericordia de Dios.

Es la misericordia una inclinación virtuosa del corazón a socorrer la miseria ajena (3). Esta noble inclinación puede nacer, o en el que sufre de igual miseria, y por eso sabe compadecerla y se inclina a remediarla, o en el que está libre de toda desgracia y, solo por amor, se acerca a la necesidad para enriquecerla y a la desgracia para curarla. De esta manera, que es más perfecta y más alta, compadece el Señor a las criaturas que son capaces de felicidad (4).

Grande consuelo recibimos cuando junto a nuestro corazón que gime, sentimos la pena de otro corazón que nos compadece, cuando nuestras lágrimas se juntan con otras lágrimas compasivas. Más el verdadero consuelo y alivio viene a nuestras almas, cuando una voluntad tierna y amorosa, libre de dolor, más alta que la desgracia, se inclina hacia nosotros y sacia nuestra indigencia, disipa nuestra tristeza y nos da felicidad.

Esta es la grande y providente misericordia que Dios ha puesto, como sello, en todas sus obras respecto al hombre (5).

Oh, cuanto aprecio debiéramos hacer de esta misericordia altísima y poderosa de Dios, Nuestro Señor, que por sólo el impulso de su amor ha cundido a remediar nuestros males y corregir nuestros defectos.

Yo no existía, Señor, y Tú me diste el ser, y después de dármelo me lo conservaste: no te conocía y Tú me llamaste, y después de llamarme me diste luz para que te conociera y amor para que te amara. Yo ingrato, Señor, te ofendí y caí en el más grande mal que es el pecado, y Tú me perdonaste: impotente para volver a Ti, me diste tu gracia para arrepentirme y me salvaste e hiciste más, Señor, me ofreciste galardón por ese conocimiento, por ese amor, por esa gracia, por ese arrepentimiento, que viniendo de Ti quisiste que fueran míos, para premiar en mí méritos que sólo son tuyos.

¡Oh sublime misterio de la misericordia de Dios!
¡Cuántas claridades y consuelos traes a nuestra alma!

Seamos misericordiosos con nuestros hermanos, como nuestro Padre celestial es misericordioso con nosotros (6). Y si alguna vez hemos ofendido u olvidado esa infinita caridad y misericordia de Dios, sea herido nuestro corazón de pena, llegue hasta la altura el grito de nuestra alma clamando perdón; y digamos ahora con íntimo dolor y arrepentimiento, delante de Jesús crucificado, el siguiente:

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Seguidamente se rezará tres veces el Padrenuestro,
Ave María y Gloria.

Hagámos cada uno la súplica que sea más necesaria.

ORACIÓN

Señor mí Jesucristo, dulce Redentor de mi alma, que
te hiciste obediente hasta la muerte, y atento a la gran
Misericordia del Padre por los infelices hijos de Adán, te
ofreciste a venir a nosotros y sufrir por nuestros pecados,
para redimirnos de nuestras culpas y miserias y darnos la
libertad de hijos de Dios; concededme, Señor, un

verdadero amor a la Cruz en que Tú padeciste, para que, mirando a ella, soporte con resignación y conformidad los dolores y penalidades de esta vida y logre con mis sufrimientos y mis penas la expiación de mis pecados y ser contado entre los elegidos por toda la eternidad. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Virgen María, criatura la más inocente del mundo y la más cargada de amarguras y angustias que en el momento del mayor dolor, al pie de la Cruz donde moría tu Hijo, fuiste constituida Madre de los pecadores; con la confianza de hijos acudimos a Ti, para decirte que detestamos nuestros pecados, que fueron la causa de la pasión de tu Hijo y de la compasión tuya. No queremos más ofenderlo ni ofenderte. Míranos Señora angustiadísima, con ojos de misericordia ayúdanos a conseguir una vida santa y una muerte tranquila en la paz y gracia de nuestro Señor Jesucristo, para gozar de vuestra compañía en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

* * *

DÍA SEGUNDO

“Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero...”.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Os bendecimos, oh Dios omnipotente, infinito y perfectísimo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, postrados con reverencia y humildad en vuestra augusta presencia, os adoramos reconociendo y confesando vuestra suprema dignidad y el universal dominio y absoluto señorío que tenéis sobre todas las cosas, como Hacedor de ellas, y principalmente sobre los hombres a quienes habéis dado luz para conoceros, corazón para amaros y el don soberano de la gracia para alcanzar vuestro conocimiento y vuestro amor, Os damos gracias, Señor y Dios nuestro, por el grande amor con que nos habéis dado el ser y la vida y cuanto somos, y muy principalmente, por el infinito amor con que nos disteis a vuestro Hijo Unigénito, Verbo eterno engendrado antes de todos los siglos, para que tomando carne en las entrañas de la Virgen purísima, nos enseñara con voz de hombre la sabiduría de Dios, y muriendo en una cruz, nos librara de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, abriéndonos el camino del cielo. No nos dejéis, Señor, de vuestra mano, para que permaneciendo siempre en vuestra gracia y en vuestro amor, seamos participantes de los frutos de la redención y salvación que nuestro Señor Jesucristo nos mereció con su pasión cruelísima y su muerte en la Cruz. Amén.

REFLEXIÓN

Misericordia del Señor en la Encarnación.

Siendo grandes y portentosos los que la misericordia providente de Dios derramó sobre los hombres, no se

satisfizo con ellos su bondad, como si no fueran bastantes a demostrarnos su amor. Y es que en Dios por su simplicísima perfección, no cabe distinción de partes. Y por eso, si decimos que Dios tiene bondad no decimos bien, si no afirmamos que Dios es la bondad misma. Y si decimos que Dios no tiene amor, no decimos bien si no afirmamos que Dios es el amor mismo (7), bondad y amor que son su mismo ser, y como éste, infinitos e inmensos.

Por ser así no se contentó con enriquecernos con los dones de su misericordia en la mañana purísima de su eternidad perenne e inmutable (8); y siendo Dios no juzgó indigno de su grandeza abatirse y anonadarse hasta nosotros (9), y hacerse como uno de nosotros, y llorar nuestras lágrimas y sentir nuestras penas, y lacerarse con nuestros dolores, para decirnos con palabras de consuelo que el mundo jamás había escuchado: *“Mira hijo mío, no sólo te socorro y te amparo con mi poder, sino que bajo hasta ti, y tus trabajos y tus miserias tomo sobre Mí, para que te acerques a Mí y halles consuelo y fortaleza”* (10). ¡Oh mi Dios, mi misericordia!, debemos exclamar con el Profeta (11). Cómo podremos apreciar y corresponder tanta dignación, tanto infinito amor.

Y esta misericordia eterna de Dios amaneció para nosotros cuando apareció en el mundo la Humanidad y la Bondad de nuestro Salvador (12), tan generosa y compasiva que llegó a la muerte por nosotros siendo aún pecadores, como nos dice San Pablo (13).

Considerándolo así, San Bernardo exclama: *“Cuanto más se anonada en su Humanidad, tanto mayor veo*

manifestarse su Bondad. Y cuanto por mí lo veo más envilecido, tanto para mí es más querido” (14).

Procuremos despertar en nosotros los mismos sentimientos de reconocimiento y amor. Nuestro amor es imperfecto y defectuoso, purifiquémosle para acercarnos a nuestro Redentor, y con la más profunda y sincera humildad digámosle el siguiente:

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Seguidamente se rezará tres veces el Padrenuestro,
Ave María y Gloria.

Hagamos cada uno la súplica que sea más necesaria.

ORACIÓN

Señor mí Jesucristo, dulce Redentor de mi alma, que como el buen samaritano te compadeciste de la ruina y miseria que en el cuerpo y en el alma nos causó el pecado y te ofreciste a venir a nosotros y curar nuestras heridas poniéndonos después al cuidado amoroso de la Santa Iglesia para asegurar nuestra salud eterna, concededme, Señor, un verdadero amor a la Cruz en que Tú padeciste, para que, mirando a ella, soporte con resignación y conformidad los dolores y penalidades de esta vida y logre con mis sufrimientos y mis penas la expiación de mis pecados y ser contado entre los elegidos por toda la eternidad. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Virgen María, criatura la más inocente del mundo y la más cargada de amarguras y angustias que en el momento del mayor dolor, al pie de la Cruz donde moría tu Hijo, fuiste constituida Madre de los pecadores; con la confianza de hijos acudimos a Ti, para decirte que detestamos nuestros pecados, que fueron la causa de la pasión de tu Hijo y de la compasión tuya. No queremos más ofenderlo ni ofenderte. Míranos Señora angustiadísima, con ojos de misericordia ayúdanos a conseguir una vida santa y una muerte tranquila en la paz y gracia de nuestro Señor Jesucristo, para gozar de vuestra compañía en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

* * *

DÍA TERCERO

“Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero...”.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Os bendecimos, oh Dios omnipotente, infinito y perfectísimo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, postrados con reverencia y humildad en vuestra augusta presencia, os adoramos reconociendo y confesando vuestra suprema dignidad y el universal dominio y absoluto señorío que tenéis sobre todas las cosas, como Hacedor de ellas, y principalmente sobre los hombres a quienes habéis dado luz para conoceros, corazón para amaros y el don soberano de la gracia para alcanzar vuestro conocimiento y vuestro amor, Os damos gracias, Señor y Dios nuestro, por el grande amor con que nos habéis dado el ser y la vida y cuanto somos, y muy principalmente, por el infinito amor con que nos disteis a vuestro Hijo Unigénito, Verbo eterno engendrado antes de todos los siglos, para que tomando carne en las entrañas de la Virgen purísima, nos enseñara con voz de hombre la sabiduría de Dios, y muriendo en una cruz, nos librara de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, abriéndonos el camino del cielo. No nos dejéis, Señor, de vuestra mano, para que permaneciendo siempre en vuestra gracia y en vuestro amor, seamos participantes de los frutos de la redención y salvación que nuestro Señor Jesucristo nos mereció con su pasión cruelísima y su muerte en la Cruz. Amén.

REFLEXIÓN

Misericordia del Señor en la Pasión.

Se lee en las Sagradas Escrituras (15) que Dios hizo conocer a Moisés, en sombra y en figura, el misterio de la Pasión del Señor y Redención del hombre; y como salido de sí, el Santo Patriarca exclamó: “*Señor Dios misericordioso y clemente, sufridor y de mucha misericordia*”. Sin decir otra cosa más que proclamar aquella gran misericordia que veía venir sobre millares y quitar la iniquidad y las maldades y los pecados.

Nosotros hemos visto esos misterios, no en figura sino hechos realidad. Nosotros hemos visto a un Dios, a quien habíamos ofendido, olvidarse de su defensa y tomar a su cargo nuestro pecado y, como si en vez de ofendido El fuera el culpado, sufrir por nosotros hambre y sed, sudor y cansancio, vilipendios y ultrajes y tormentos tan horribles que a las mismas piedras partiera de dolor. Oh piedad y caridad incomprensibles de nuestro Redentor. ¡Cuánto debiera ser nuestro agradecimiento y correspondencia!. Porque este Señor bondadosísimo y misericordiosísimo que nos amó siempre y nos amó hasta el extremo (16), pudo muy bien, con su Omnipotencia, quebrantar los demonios y reparar a los hombres y arrancar nuestra fe y admiración. Pero para atraer más nuestro corazón al suyo quiso hacerlo de modo más costoso e inefable. Y para eso se desnudó de su omnipotencia y se vistió de nuestras debilidades, y débil y anonadado como hombre, el que nunca dejó de ser Dios (17), quiso vencer al demonio con nuestra debilidad, padecer pobreza para enriquecernos, sufrir desamparo para

fortalecernos y vilipendios para honrarnos y la muerte para darnos vida venciendo en la Cruz a la muerte misma (18).

¡Oh, buen Jesús!. Cuantas maravillas has obrado y cuántos sacrificios soportado por no dejarnos perecer y redimirnos a impulso de su misericordia que es grande y nunca faltará (19).

Digámosle, con palabras de un piadoso escritor español (20): “*Me has redimido, Señor, con dolores y deshonras; y con deshonras me honraste, con estas acusaciones me defendiste, con esta sangre me levantaste, con esta muerte me resucitaste y con éstas lágrimas vuestras me libraste de aquél perpetuo llanto y crujir de dientes*”. Y concluyamos diciendo, con íntimo dolor de nuestro pecado, el siguiente:

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Seguidamente se rezará tres veces el Padrenuestro,
Ave María y Gloria.

Hagamos cada uno la súplica que sea más necesaria.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, dulce Redentor de mi alma, que te dejaste vencer por los pecadores para alcanzarnos gracia con que pudiéramos nosotros vencer nuestros pecados; concédeme, Señor, un verdadero amor a la Cruz en que Tú padeciste para que, mirando a ella, soporte con resignación y conformidad los dolores y penalidades de esta vida y logre con mis sufrimientos y mis penas la expiación de mis pecados y ser contado entre los elegidos por toda la eternidad. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Virgen María, criatura la más inocente del mundo y la más cargada de amarguras y angustias que en el momento del mayor dolor, al pie de la Cruz donde moría tu Hijo, fuiste constituida Madre de los pecadores; con la confianza de hijos acudimos a Ti, para decirte que detestamos nuestros pecados, que fueron la causa de la pasión de tu Hijo y de la compasión tuya. No queremos más ofenderlo ni ofenderte. Míranos Señora angustiadísima, con ojos de misericordia ayúdanos a conseguir una vida santa y una muerte tranquila en la paz

y gracia de nuestro Señor Jesucristo, para gozar de vuestra compañía en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

* * *

DÍA CUARTO

“Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero...”.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Os bendecimos, oh Dios omnipotente, infinito y perfectísimo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, postrados con reverencia y humildad en vuestra augusta presencia, os adoramos reconociendo y confesando vuestra suprema dignidad y el universal dominio y absoluto señorío que tenéis sobre todas las cosas, como Hacedor de ellas, y principalmente sobre los hombres a quienes habéis dado luz para conoceros, corazón para amaros y el don soberano de la gracia para alcanzar vuestro conocimiento y vuestro amor, Os damos gracias, Señor y Dios nuestro, por el grande amor con que nos habéis dado el ser y la vida y cuanto somos, y muy principalmente, por el infinito amor con que nos disteis a vuestro Hijo Unigénito, Verbo eterno engendrado antes de todos los siglos, para que tomando carne en las entrañas de la Virgen purísima, nos enseñara con voz de hombre la sabiduría de Dios, y muriendo en una cruz, nos librara de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, abriéndonos

el camino del cielo. No nos dejéis, Señor, de vuestra mano, para que permaneciendo siempre en vuestra gracia y en vuestro amor, seamos participantes de los frutos de la redención y salvación que nuestro Señor Jesucristo nos mereció con su pasión cruelísima y su muerte en la Cruz. Amén.

REFLEXIÓN

Cristo crucificado, portento de misericordia.

Meditemos unos momentos ante esta cruz severa que nos preside, de la que pende lacerado y roto el cuerpo adorable de Nuestro Divino Redentor.

Cátedra de inacabable doctrina es la cruz, nos ha dicho San Agustín, y realmente es cátedra de la ciencia que más nos interesa saber: el conocimiento de Dios, su amor y misericordia para la salvación de nuestra alma. En ella está el dulce y buen Jesús, el vigilante y fino amador de nuestras almas, con la frente rendida, más que al peso del dolor, al pensamiento inmenso de nuestra redención; las manos clavadas y sangrantes, que derraman sobre la tierra la bendición, y el pecho, ¡ay!, aquél pecho que tanto amor tuvo para todos perforado y traspasado por la lanza que llegó hasta el corazón, para ponerlo en abierta comunicación de amor con nosotros.

¿Porqué está Cristo en la Cruz?. El que ha sido asistido por los ángeles; el que dos veces en la tierra, con voz del cielo, ha sido proclamado Hijo predilecto del Padre, objeto de sus eternas complacencias, colocado en el

patíbulo, más infame, condenado a la muerte más ignominiosa, ¿es esto posible?.

Lo ha hecho posible su amor y su misericordia. Ese era tu castigo, pecador. Tú debías morir con muerte eterna por tu pecado, pero Él ha tomado sobre sí los pecados de todos los hombres, y cargado con tan dura y penosa carga, ha subido a la cruz y ha borrado el decreto (21) que, contra nosotros, se había escrito, y para juntar el valor infinito de su expiación con una redención igual, ha querido redimirnos de la muerte con su muerte.

¡Oh caridad infinita!, ¡oh pecado horrible!, ¡oh misericordia inmensa!.

Los argumentos de la cruz, ha escrito un teólogo (22), son más admirables que fabricar los cielos, o iluminar los astros, o fundar la tierra; porque estas cosas hizo Dios con regocijo, y aquéllas con sacrificio, ¡Y con cuánto sacrificio!.

Contéplale en la cruz, la boca exangüe, la lengua seca, los ojos velados, el cuerpo lleno de heridas y el alma de ultrajes. Mírale en esa expresión del más tremendo dolor, junta con la expresión del más sublime e infinito amor, y si no sientes que el corazón se te parte de pena... teme, cristiano: no sea tu corazón más duro que las piedras que se partieron, con estremecimiento de la tierra.

Lloremos con llanto de penitencia nuestros pecados y digamos con corazón arrepenido el siguiente:

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Seguidamente se rezará tres veces el Padrenuestro,
Ave María y Gloria.

Hagamos cada uno la súplica que sea más necesaria.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, dulce Redentor de mi alma, los misterios inefables que has dejado encerrados en la Cruz, altar en que te ofreciste en sacrificio al Padre por mis pecados, son misterios de amor que no se pueden conocer dignamente más que amando. Concédeme, Señor, un verdadero amor a la Cruz en que Tú padeciste para que,

mirando a ella, soporte con resignación y conformidad los dolores y penalidades de esta vida y logre con mis sufrimientos y mis penas la expiación de mis pecados y ser contado entre los elegidos por toda la eternidad. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Virgen María, criatura la más inocente del mundo y la más cargada de amarguras y angustias que en el momento del mayor dolor, al pie de la Cruz donde moría tu Hijo, fuiste constituida Madre de los pecadores; con la confianza de hijos acudimos a Ti, para decirte que detestamos nuestros pecados, que fueron la causa de la pasión de tu Hijo y de la compasión tuya. No queremos más ofenderlo ni ofenderte. Míranos Señora angustiadísima, con ojos de misericordia ayúdanos a conseguir una vida santa y una muerte tranquila en la paz y gracia de nuestro Señor Jesucristo, para gozar de vuestra compañía en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

* * *

DÍA QUINTO

“Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero...”.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Os bendecimos, oh Dios omnipotente, infinito y perfectísimo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, postrados con reverencia y humildad en vuestra augusta presencia, os adoramos reconociendo y confesando vuestra suprema dignidad y el universal dominio y absoluto señorío que tenéis sobre todas las cosas, como Hacedor de ellas, y principalmente sobre los hombres a quienes habéis dado luz para conoceros, corazón para amaros y el don soberano de la gracia para alcanzar vuestro conocimiento y vuestro amor, Os damos gracias, Señor y Dios nuestro, por el grande amor con que nos habéis dado el ser y la vida y cuanto somos, y muy principalmente, por el infinito amor con que nos disteis a vuestro Hijo Unigénito, Verbo eterno engendrado antes de todos los siglos, para que tomando carne en las entrañas de la Virgen purísima, nos enseñara con voz de hombre la sabiduría de Dios, y muriendo en una cruz, nos librara de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, abriéndonos el camino del cielo. No nos dejéis, Señor, de vuestra mano, para que permaneciendo siempre en vuestra gracia y en vuestro amor, seamos participantes de los frutos de la redención y salvación que nuestro Señor Jesucristo nos mereció con su pasión cruelísima y su muerte en la Cruz. Amén.

REFLEXIÓN

Jesucristo Sacramento, amor y misericordia perpétua.

El dulce y buen Jesús había dicho: “*Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*” (23).

De muchos modos pudo el Señor dar cumplimiento a esta promesa, más escogió el más portentoso y admirable, el más propio de su amor infinito y de su misericordia inmensa.

La noche memorable de la Cena, antes de padecer, bendijo el Pan, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: “*Tomad y comed. Este es mi cuerpo*”. Y tomando el Cáliz en sus manos santas y venerables, lo bendijo y dio a sus discípulos, diciendo: “*Tomad y bebed de él todos: ésta es mi sangre*”.

En el momento en que en la tierra se hacía este portento de portentos, este misterio de misterios, en el cielo se hizo un prolongado y hondo silencio: los espíritus angélicos se abatieron, plegaron sus alas con temor y espanto, y en actitud reverente de profunda adoración asistieron a aquél recuento y compendio de las maravillas de Dios, que ni los cielos ni la tierra pudieron barruntar.

La primera vez que en la tierra se dio la Sagrada Comunión, fue repartida por la mano misma de Jesucristo, y los discípulos recibieron el Cuerpo y Sangre del Redentor con asombro de los ángeles.

No se saciaba aún con esto el Amor; quiso más, y dijo a sus discípulos: “*Haced esto en memoria mía*”. En aquél instante fundó el sacerdocio en la Iglesia, en aquél momento confirió a los sacerdotes la más tremenda y

sublime potestad, la de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, que es el Cuerpo y la Sangre de Dios encarnado.

¡Oh asombro!, ¡Oh maravilla!. Jesucristo estará ya siempre con nosotros; muy cerca de nosotros; podremos recibirlo en nuestro pecho y darle albergue en nuestro corazón; y recibir los dones y las gracias con que desea enriquecer nuestra alma; y gozar por su bondad de la felicidad que engendra la conciencia tranquila y el alma pura.

¡Oh dicha!. ¡Oh felicidad!. Dicha y felicidad anticipada de la que se nos reserva para la eternidad en el cielo. Con cuánta razón exclama San Crisóstomo: *“Cuando ves al Señor inmolado y en el altar y al sacerdote sacrificando y orando, ¿juzgas acaso que todavía está con los hombres en la tierra?. ¿No te sientes más bien como trasladado a los cielos y que con el ánimo limpio y con la mente pura contemplas las cosas celestiales?”*.

¡Oh ingratitud!. Y cuán poco aprecio hacemos de esta gran caridad y amor de nuestro Dios, que habiéndonoslo dado todo en un extremo de amor se nos dio asimismo en esta vida mortal y terrenal como prenda segura de la vida futura y eterna.

Hoy con más fervor que siempre, digamos con grande humildad al pie de la Cruz, el siguiente:

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Seguidamente se rezará tres veces el Padrenuestro,
Ave María y Gloria.

Hagamos cada uno la súplica que sea más necesaria.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, dulce Redentor de mi alma:
después de los beneficios inefables que me alcanzaste con
tu sagrada pasión, como recuerdo de ella y para llenar mi
alma de gracia y darme una prenda de salvación quisiste
darme el Sacramento de tu Cuerpo y tu Sangre.
Concédeme, Señor, gracia abundante para que viva

siempre unido a ti por la virtud de estos misterios y me haga digno de participar de los frutos de tu Redención y conseguir la salvación eterna de mi alma. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Virgen María, criatura la más inocente del mundo y la más cargada de amarguras y angustias que en el momento del mayor dolor, al pie de la Cruz donde moría tu Hijo, fuiste constituida Madre de los pecadores; con la confianza de hijos acudimos a Ti, para decirte que detestamos nuestros pecados, que fueron la causa de la pasión de tu Hijo y de la compasión tuya. No queremos más ofenderlo ni ofenderte. Míranos Señora angustiadísima, con ojos de misericordia ayúdanos a conseguir una vida santa y una muerte tranquila en la paz y gracia de nuestro Señor Jesucristo, para gozar de vuestra compañía en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

FIN

A.M.D.G.

Granada, 1º de Marzo de 1956

- (1) Ad.Rom. 1,3.
- (2) Joan III – 16: (2) Unigenitus Filius qui est in sinu Patris. Joan I – 18.
- (3) La etimología de Misericordia es: Misericordia.
- (4) Santo Tomás q 21-a 23.
- (5) Ps. XXIV – 10.- Imnes viae tuae, misericordia. Omnes via Domini Misericordia.
- (6) Luc. VI-36.
- (7) Joan IV-8.
- (8) Repleti sumus mane misericordia tua. Ps. 89.
- (9) Semetipsen exinaviti.
- (10) Venita ad me omnes.
- (11) Ps. 58.
- (12) S. Joan IV-9.
- (13) Rom. III-5-8-3.
- (14) Quanto minorem se fecit in humanitate, tanto majorem se exhibuit in bonitate: et quanto pro me vitior, tanto mihi carior est. Sermon I in Epiph.
- (15) Exodo – XXXIV 63.
- (16) Joan.
- (17) Joan.
- (18) Joan.
- (19) Ps. CXXXV.
- (20) Fr. Luis de Granada. “Guía de pecadores”, IV.
- (21) Col. II-14.
- (22) Tomarsini. De Icar. I.
- (23) Math. XXVII-20.